



## *El sueño de la aldea*

Miguel Maldonado

Hay ciudades cuyo solo nombre llama a conocerlas: Pretoria, Albuquerque y Albuquerque, Bujumbura, Persépolis, Colonia, Abisinia, Trípoli, Nairobi *et genus omne*, siempre han llamado mi atención sin saber nada de ellas o conociendo muy poco. De abisinia, actual Etiopía, la única noticia que tengo es la que generalmente conocemos sobre Arthur Rimbaud, Nairobi no era la excepción, sólo que ahora vivo en Nairobi. Octavio Paz, como muchos otros, Borges entre ellos, también tuvo cierta fascinación por el nombre de las ciudades. Su Delhi evocaba dos sílabas altas rodeadas de arena y de insomnio.

Antes de emprender el viaje hacia mi nueva estancia, un amigo me recomendó sentirme en una novela de Joseph Conrad, Pero resolví que el viaje no necesariamente implicaba el traslado físico; hay viajes que, sin moverse, son al centro de la Tierra. Viajando o no, de cualquier modo podría sentirme un personaje de Conrad: todos emprendemos una aventura personal. Los viajes interiores, desde siempre, han descrito trayectorias marítimas o terrestres, incluso celestiales o de ultratumba. En la *Odisea*, quienes se hacían a la mar se hacían también a sí mismos. Actualmente es una idea manida; en el cine abundan los llamados *road movies* que combinan las vicisitudes del camino con las revelaciones personales. Por demás, no es casual que la novela de Joseph Conrad tenga un órgano vital en su título: el corazón. Internarse en la espesura es también ahondar en los vericuetos de nuestra condición humana.

Los griegos creían que el acto de pensar, actividad interna, tenía que acompañarse de actividades externas. Los

banquetes acompañaban la discusión en turno. Entre guiados y bebidas se iban gestando, o indigestando según se tratara de algún desaguisado, las ideas más lúcidas. Pensar y empanzar. Otro método para mantener la mente ágil era caminar. Al paso del paseo aparecían los pensamientos. Los filósofos peripatéticos no concebían la reflexión sin el movimiento. Tenían que andarse los caminos, o desandarse las ideas, para desviar o no el rumbo. Reflexión e inflexión no sólo se abrazan en la fonética, también en la (fon) ética del pensamiento antiguo. En pocas palabras, el mundo exterior incide en la vida interior.

Hölderlin alegaba con nostalgia que el lugar más propicio para sentir y pensar había sido Atenas, entre palacios y esculturas de dioses cercanos a los hombres. La poesía moderna encumbró la ciudad como la madre de todas las virtudes, también de las calamidades. Lo propio hicieron los griegos muchos siglos antes: las odas a Atenas no son menos exacerbadas que los epigramas contra Roma. Pero nunca como ahora la ciudad y la naturaleza se habían opuesto. Aunque quizá las cosas cambien o tengan que cambiar para rescatar el ecosistema mundial, la naturaleza ya no es una invitación iniciática: es un salvamento. De un siglo a la fecha, el fin del mundo se volvió un acontecimiento real: ya no son las teorías apocalípticas del fanatismo religioso en turno las que se encargan de imaginar el exterminio, la idea del fin del mundo pasó a ser un asunto técnicamente posible, la nueva tecnología armamentista es letal. Quienes habitamos las ciudades, desde esta posibilidad, habitamos el instante.



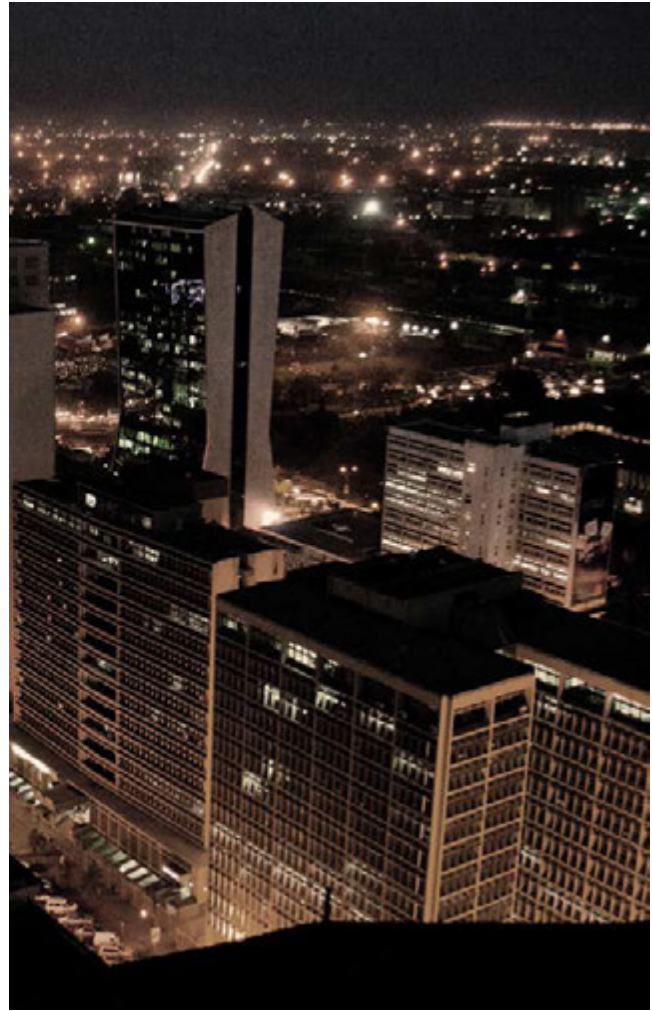
Paisaje de la Atenas desde la Acrópolis.

No hay futuro seguro. Sin embargo, en este nuevo siglo, la amenaza del fin del mundo ya no sólo es técnica sino natural: el cambio climático. Por primera vez el hombre tiene la certeza de que el mundo puede acabarse paulatinamente, y también por primera vez está en sus manos salvarlo. Todas las historias de salvación son una epopeya. Momento de guerreros y corsarios. También de delaciones, cobardías y enemigos. En Nairobi como seguramente en otros lugares, no hay oposición entre ciudad y naturaleza. Ciudad con millones de habitantes rodeada de fauna y vegetación. El viaje interior amplía sus posibilidades.

Así como se cree en el carácter de los pueblos, se puede creer en el alma de los lugares. Hay sitios imaginarios o reales “cuál es la diferencia” impregnados de una personalidad propia, como la isla de la Desesperación de Crusoe, la Barataria de Cervantes, o el inhóspito confín del Cáucaso para los griegos, Ciudades que, sin demolerse, se reconstruyen continuamente: el Londres severo del XIX, el Buenos Aires de arrabales de principios del XX. Las ciudades imaginadas por Italo Calvino no son menos deslumbrantes que



Ciudad de Trípoli, The Hebrew University of Jerusalem y The Jewish National & University Library.



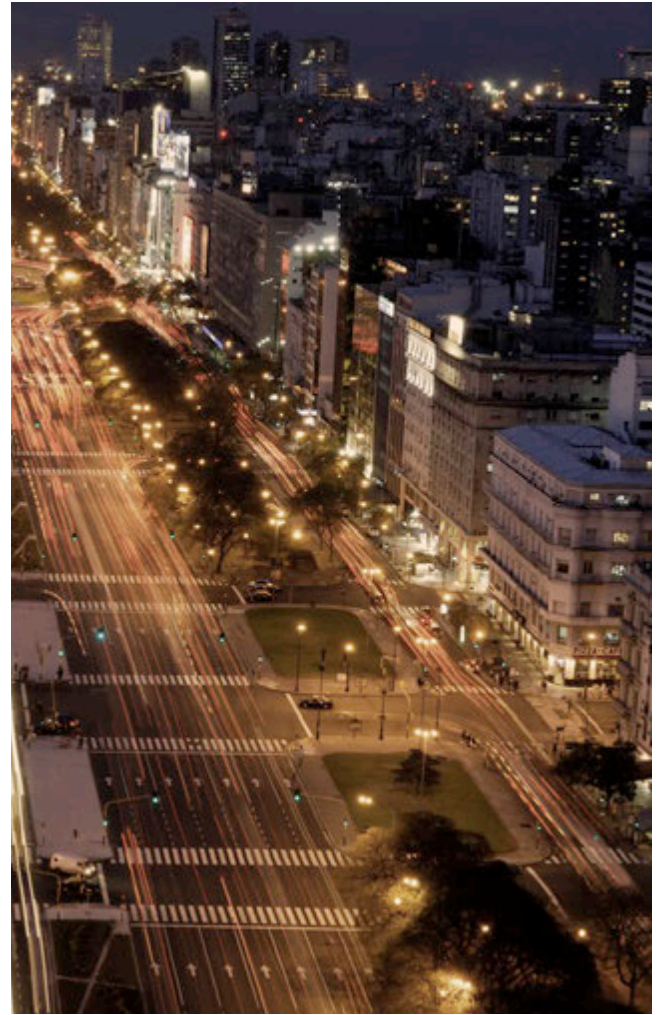
Paisaje de la ciudad de Nairobi.



Paisaje aéreo de las ruinas de Persépolis.

las dibujadas por Piranesi. En todos los casos, la ciudad tiene vida propia, contiene una determinada sensibilidad. Este carácter comenzó a reflexionarse con mayor fuerza durante la Edad Media y el Renacimiento. Se fortaleció la idea de que un determinado modelo de ciudad configuraba también una cierta clase de ciudadano. Las ciudades imaginadas por Erasmo de Rotterdam no le pedían nada en sus aspiraciones a la Ciudad de Dios de san Agustín. No siempre se trataba de crear ciudades a la medida de ciudadanos perfectos, los grabados de Piranesi nos describen lugares laberínticos y agobiantes. Pero todos, trazos reticulares o borroneados, tenían en mente la ciudad sensible, a la medida de sus sueños o de sus pesadillas.

En la Modernidad, el arquitecto italiano Aldo Rossi fue de los primeros en pensar la ciudad como si fuese un cuerpo. Lugar que se explica a partir del conjunto y no de sus partes. Podría decirse que, en el ámbito de la arquitectura, a partir de Rossi la ciudad adquiere un rostro vivo. Acaso tarde: la poesía lo ha dicho mucho antes. Ítaca es la ciudad a la medida de Homero: no es Grecia ni la vuelta a casa, es Ítaca. Una de las frases más lúcidas sobre el carácter de una ciudad la dijo Michel Foucault en 1964: las ciudades con



Paisaje de la ciudad de Buenos Aires.

puerto tienen corsarios y aventuras, las otras tienen espionaje y policía. Yendo aún más lejos, Maffesoli encuentra un vínculo afectivo entre los lugares y los ciudadanos. Los sitios no son una herramienta de paso, no son puentes para ir de un lugar a otro: lo que prevalece es el encanto de estar allí, no de pasar por allí. Idea común también para Heidegger: habitar significa estar bien, y no tener simplemente un techo. Quizá la corriente estética que mejor entendió esta idea fue el Barroco: los espacios generan atmósferas. Por ello el recurso pictórico del difuminado es barroco por excelencia: lugares claros-curos, sitios nebulosos y apesadumbrados, arquitecturas aglutinantes. El horror al vacío tuvo su mayor nivel de conciencia en estos siglos.

La fascinación actual por las ciudades se debe a un cambio de sensibilidad mayor: el tiempo pierde importancia y el espacio ocupa su lugar. Los lugares se vuelven santuarios. El tiempo se hizo para perderse en algún sitio, *hic et nunc*. Los aztecas le daban tal importancia a los sitios que ninguna construcción se erigía sin que hubiese relación con el cosmos y los dioses. Es una idea pagana que los hombres tengan apego por los lugares. Ya la Biblia se había encargado de prohibir adoración alguna a las imágenes y a cualquier

intento de construcciones que ofendieran a Dios. Babel tenía que ser destruida y los ídolos quemados. Hoy la imagen prevalece y los sitios compiten por tener más pisos.

En el habla coloquial, *lugar* se refiere a un cambio de ánimo: la expresión andar de un *lugar* a otro significa estar desconcertado o en *lugar* de esto hacer aquello. Se puede dar un espacio de tiempo, pero no un tiempo de espacio. Quizá la causa mayor sea que la modernidad llegó a su fin; el progreso, del lado del tiempo, ha cedido su lugar a la frase *vivir al día: carpe diem*. Curioso que *carpe* signifique asir, tener: apropiarse del lugar. Lugar-tenientes.

El peso evocativo que hay en los nombres de las ciudades, su fuerza de atracción ha sido la culpable, quizá, de silenciar la voz de los poetas para dar *lugar* a otra cosa. La ciudad, su nombre, sus calles juegan una suerte de relaciones con sus paseantes. Misteriosos efectos y temperamentos producen. La ciudad-laberinto no es menos complicada que la ciudad-explanada. Todas son un universo donde los efectos y las causas pertenecen a cada caminante. Acaso esta atracción por vivir a plenitud una ciudad logre comprenderse en aquel cuento de Borges donde el rey se volvió mendigo. ¡Quién como los vagabundos para una ciudad!